

Violencia y delincuencia en barrios pobres de Santiago de Chile y Río de Janeiro

Jaime Sperberg F. / Barbara Happe

En este artículo se analiza la violencia y la criminalidad en los barrios pobres de Santiago de Chile y Río de Janeiro. La comparación entre barrios marginales de ambas ciudades muestra que en ellas el diferente nivel de violencia no se explica por la historia específica de su surgimiento o por las condiciones de vida. En Chile hay una presencia más fuerte del Estado así como un mayor grado de organización de los pobres urbanos, permitiéndoles un manejo más eficiente de la violencia, por lo menos en algunos de los barrios pobres estudiados. También se constata que la violencia en Chile ha aumentado en los últimos años y que esta capacidad organizativa se desmorona frente a una política social estatal insuficiente.

El aumento de la violencia y la delincuencia es hoy en día, sobre todo en las ciudades grandes de América Latina, uno de los problemas que más aquejan a la población. Mientras que las clases media y alta toman crecientes medidas de seguridad para salvaguardar su integridad física, los pobres urbanos no tienen las mismas posibilidades para protegerse del aumento de la violencia en las grandes urbes. Además, gran parte de las personas pertenecientes a las clases media y alta opina que los barrios pobres urbanos representan un nido de delincuencia y violencia adonde no conviene concurrir si no se quiere correr un riesgo innecesario. Las ciencias sociales también participaron en la creación de un mito sobre el supuesto comportamiento desviado de los pobres de la ciudad. O. Lewis sostenía en los años 60, que los grupos marginados en virtud de sus malas condiciones de vida y de la situación de pobreza en la que vivían, se caracterizaban por una actitud fatalista y pasiva hacia la sociedad. Lewis bautizó este rasgo como «cultura de la pobreza», cuyas características serían el aislamiento social y una alta disposición a la violencia.

JAIME SPERBERG F.: doctor en Ciencias Políticas de la Universidad de Marburg; investigador en el Departamento de Geografía de la misma universidad, Alemania.

BARBARA HAPPE: doctora en Ciencias Políticas de la Universidad de Marburg; actualmente encargada por Suramérica en la ONG «Urgewald» (Alemania).

Palabras clave: violencia, delincuencia, pobres urbanos, Santiago de Chile, Río de Janeiro.

De una forma más convincente, otros análisis sobre este tema tratan de explicar las tasas más altas de delincuencia dentro de algunos grupos de pobres (p. ej. entre jóvenes) con la contradicción existente entre los mecanismos sociales de exclusión y las crecientes expectativas, p. ej. de consumo individual (Eisner, p. 211). Las tasas más altas de delincuencia entre algunos grupos serían por lo tanto el resultado de la falta de integración en los ámbitos económicos y políticos como también consecuencia de la estigmatización social y discriminación de los pobres urbanos. A pesar de lo plausible de esta tesis que da por supuesto el alto grado de delincuencia de los barrios marginales, aquí no cabe postular la existencia de una disposición más alta a la violencia y delincuencia de parte de los sectores pobres. Menos aún corresponde deducir de esta tesis la disposición a la violencia como estilo de vida de los pobres. Sin embargo la visión del favelado y poblador (habitantes de barrios marginales en Brasil y Chile respectivamente) como delincuente está siempre presente, ya que los medios de comunicación transmiten esa imagen identificando a la delincuencia con los barrios pobres.

Este trabajo es un análisis de las diferentes formas de delincuencia y violencia existentes en los barrios marginales de Santiago de Chile (poblaciones) y Río de Janeiro (favelas). En Santiago se eligió a la comuna de Peñalolén situada en la zona oriente del Gran Santiago. La base empírica fue un estudio de campo (encuesta y entrevistas en profundidad) llevado a cabo en ambos países en 1995. Tanto en Río como en Santiago se seleccionaron dos barrios marginales, uno ya consolidado por su mayor antigüedad y otro más reciente. Esta selección se basaba en la hipótesis de que en los barrios de mayor antigüedad, con algunos problemas básicos resueltos, como por ejemplo la tenencia de la tierra, era de esperarse una menor participación en las organizaciones barriales. Mientras más problemas básicos existan, que afecten a los pobladores en su conjunto, es de esperarse una mayor participación, es-

Cuadro 1

Poblaciones y favelas seleccionadas

| | Número aproximado de familias | Tenencia de la tierra | Antigüedad del barrio |
|--|-------------------------------|--|-----------------------|
| Santiago-Peñalolén Esperanza | 800 | Ocupación ilegal en 1992 (toma) | nueva: 3 años |
| Galvarino | 600 | Mayoría propietarios | antigua: 24 años |
| Río de Janeiro Minha Deusá | 150 | Ocupación ilegal | nueva: 5-7 años |
| Vidigal | 2.500 | Aunque no son propietarios, son tolerados por la prefectura de Río | antigua: 54 años |

pecíficamente en las organizaciones locales y temáticamente especializadas. El cuadro 1 visualiza las informaciones respectivas a las poblaciones y favelas seleccionadas en Santiago-Peñalolén y Río de Janeiro.

El propósito de este trabajo consiste en el análisis de los pobres urbanos como víctimas y victimarios de la violencia, empleando un método comparativo. En el caso de los pobres urbanos víctimas de la violencia y delincuencia interesan tanto sus opiniones sobre este tema como también sus formas de acción y estrategias de protección. Aquí nos concentramos en las diferencias y similitudes que los pobres urbanos en ambas ciudades o países han establecido a merced del aumento de la delincuencia. Asimismo, se explorarán brevemente los diferentes contextos políticos y sociales de Río y Santiago para poder comprender mejor las estrategias de protección que los pobres urbanos adoptan frente a la delincuencia en ambos países. En el caso de los pobres como victimarios, nos limitaremos al análisis de la violencia juvenil y de su lógica en favelas y poblaciones (barrios marginales en Brasil y Chile respectivamente). Los jóvenes de sectores pobres pertenecen en mayor medida que el término medio tanto a las víctimas como a los victimarios.

Pobreza urbana en Santiago y Río: el contexto social y político

Ambas metrópolis se caracterizan por un crecimiento descontrolado y por altos niveles de pobreza. Esto se traduce en el aumento de las tendencias a la polarización social y a la militarización. Pobreza y polarización social son fenómenos ya bien conocidos en Santiago y Río. La militarización de la sociedad urbana, sobre todo en Río, es una tendencia más reciente. Como la pobreza siempre ha existido allí, la interpretación por parte de la clase alta de Río de Janeiro de que el aumento de la violencia y la delincuencia es consecuencia directa de la pobreza (De Lima/Cheibub, p. 238), es una simplificación poco fundada. A continuación se describirán las condiciones de vida en poblaciones y favelas, para así identificar algunos factores que puedan explicar los crecientes niveles de violencia y delincuencia en ambas ciudades.

Todos los barrios aquí estudiados surgieron de una toma de terrenos, en algunos casos con organización central y en otros como «toma silenciosa», o sea en forma individual, de terrenos baldíos de poco valor. Aparte de este rasgo común, la calidad del hábitat también presenta similitudes. Este se caracteriza por tener un equipamiento deficitario o precario con la infraestructura social y física básica (conexión a la red pública de agua potable, alcantarillado, energía eléctrica, escuelas, policlínicos). Además, los niveles de ingreso de los pobladores y los favelados, como también el nivel de escolaridad de los favelados se sitúan marcadamente por debajo de los términos medios para cada ciudad. El acceso de los pobres urbanos chilenos al sistema de educación ha sido tradicionalmente mejor que en Brasil, ya que desde los años 20 los gobiernos chilenos se han esmerado en universalizar el acceso a la educación. El régimen autoritario (1973-1989) no revirtió este proceso. El cuadro 2 también demuestra las diferencias existentes entre favelas y poblaciones relaciona-

das con estos criterios de hábitat. El mismo cuadro revela diferencias, tanto entre los mismos barrios pobres como también entre ellos y el término medio para la ciudad. Estas diferencias se manifiestan asimismo en un uso segmentado del espacio urbano. En Santiago los pobladores fueron erradicados en los años 80 de las comunas céntricas, para crear comunas homogéneas de pobres en la periferia de la ciudad (Rodríguez/Icaza; Gilbert). En Río de Janeiro, por el contrario, como todo turista sabe, muchas favelas se encuentran a pocos pasos del centro urbano o de los barrios residenciales de la zona sur.

Cuadro 2

Condiciones de vida de pobladores en Santiago-Peñalolén y favelados en Río de Janeiro

| Término medio para los barrios y para la ciudad | % de los hogares con déficit de Alcantarillado Agua* | | Analfabetismo (en %) | % de los jefes de hogar de bajos ingresos (1-2 salarios mínimos) |
|---|--|----|----------------------|--|
| Santiago-Peñalolén | 11 | 8 | 7 | 56 |
| Galvarino (antigua) | 25 | 22 | 7 | 68 |
| Esperanza (nueva) | 100 | 48 | 6 | 68 |
| Río de Janeiro | 4 | 9 | 6 | 36 |
| Vidigal (antigua) | 17 | 23 | 16 | 68 |
| Minha Deusa (nueva) | 31 | 70 | 21 | 77 |

* Déficit referido a falta de disponibilidad de agua potable de red pública con llave en el interior de la vivienda.

Fuente Brasil: IBGE (1991); Iplan-Rio (1993; 1996).

Fuente Chile: Urmeneta et al., p. 98; Municipalidad de Peñalolén 1993a y b; Encuesta propia (1995) y encuesta de la comuna de Peñalolén (1993).

Como consecuencia del aumento de la violencia en los años 90, los grupos de altos ingresos que habitaban las zonas céntricas huyen hacia los así llamados «condominios fechados» (edificios de departamentos) ubicados en las zonas más periféricas de la ciudad. Estos condominios son protegidos por patrullas de seguridad privadas.

Los pobladores y favelados ya hace tiempo que se acostumbraron a la separación del espacio urbano entre diferentes clases sociales y también a la discriminación que sufren por habitar en determinados barrios. Por lo menos hasta los años 60 las autoridades políticas trataban a los pobres de la ciudad como «ciudadanos de segunda clase» (Bento, p. 78). Sus demandas pro derecho a una vivienda digna y pro equipamiento de sus viviendas con infraestructura fueron ignoradas.

Los pobres urbanos vivían en Chile hasta los años 50 y en Brasil hasta la democratización a fines de los años 80 bajo una inseguridad legal total. La

presencia del Estado en las favelas y poblaciones se limitaba a intervenciones informales y esporádicas. Mientras que los favelados no estaban integrados en el sistema de representación de intereses, los pobladores ya a partir de los años 30-40 comenzaron, aunque precariamente, a integrarse al sistema de competencia entre los partidos. Las organizaciones comunitarias de los pobres pudieron ganar espacio dentro de los barrios donde el Estado estaba ausente. Estas organizaciones ocupaban de esa manera el vacío de poder al organizar y controlar la convivencia en poblaciones y favelas, muchas veces con la ayuda externa de partidos políticos en Chile y de la Iglesia Católica en Brasil (Bultmann; Da Cruz; Diniz).

Con la recuperación de la democracia en ambos países hubo un auge en la implementación de programas sociales en barrios marginales. Asimismo las relaciones entre pobres y autoridades se hicieron más fluidas, de manera tal que los grupos marginados pudieron reivindicar sus intereses y conseguir logros significativos respecto al mejoramiento de sus condiciones de vida. No obstante, en ambos países no se ha podido revertir o frenar la situación de «apartheid social» que se agudizó durante los periodos de autoritarismo.

Si consideramos las similitudes respecto a las condiciones de vida precarias y las perspectivas muy reducidas de movilidad social entre los pobres en Santiago y Río, surge la pregunta de por qué el fenómeno de la violencia representa en Río un problema mayor que en Santiago. Las causas de esta diferencia se pueden encontrar analizando las dimensiones de la violencia existentes en los barrios pobres y los intentos del Estado para contener efectivamente el uso de la violencia en poblaciones y favelas.

La presencia del Estado en las poblaciones de Santiago no se limita solamente a intervenciones para proveer a sus habitantes de infraestructura, sino además para protegerlos de la violencia y delincuencia. Después del advenimiento de la democracia, las instituciones del Estado en Río de Janeiro, a diferencia de Santiago, no pusieron mayor interés en consolidar su poder en las favelas. A consecuencia del deficitario control estatal de la violencia y delincuencia en las favelas, las organizaciones barriales se perfilaron (nuevamente) en parte como instancias de solución de conflictos y control del acontecer barrial. Pero, desde hace 10 años, grupos de delinquentes organizados han tomado el control político dentro de las favelas obligando a las organizaciones de favelados a cumplir solo un rol secundario. Estos grupos han transformado a las favelas en centros de tráfico de drogas y armas (v. Fatheuer, p. 23). La ausencia de las fuerzas de orden del Estado facilitó que las mafias de la droga se aseguraran el monopolio del poder en las favelas. Por lo tanto la violencia proveniente de las mafias relacionadas con la droga en las favelas no es en primera línea una manifestación de la pobreza, sino más bien una consecuencia de la negligencia del Estado en asumir funciones de soberanía en el territorio de las favelas. Los intentos de las fuerzas de orden de recuperar la soberanía perdida en las favelas solo han provocado el aumento de los ya altos índices de violencia.

Formas de violencia y delincuencia en los barrios marginales urbanos

El espectro de las formas de delincuencia abarca un amplio abanico que va desde el robo en tiendas hasta el terrorismo y la guerra. El concepto de violencia muchas veces se emplea no solo para referirse a una manera de herir físicamente a una persona, sino también a las injusticias sociales causadas por una «violencia estructural», que conduciría a las condiciones precarias de vida propia de los pobres (cf. Bento; Galtung; Hegmanns). Para el propósito de este trabajo el uso de la dimensión de la «violencia estructural» no nos parece adecuado. La extensión de la noción de violencia hace que ésta pierda profundidad analítica, ya que todo «lo que impide la autorrealización» (Galtung, p. 17) se define como violencia. Aquellas acciones que hieren físicamente a otros, pierden su valor frente al análisis científico, porque solo representan reacciones a las estructuras de poder y por lo tanto niegan la responsabilidad propia de los autores de los crímenes. Por eso nosotros damos preferencia a un concepto de violencia que la concibe como una «acción de fuerza (intencional) que conduce a la agresión física de otros» (Popitz, p. 48). Mediante la conexión de la noción de violencia con la agresión física se puede describir mejor el proceso de aumento de formas violentas de comportamiento, las que en alguna medida también marcan la vida cotidiana de los favelados y pobladores. Aun excluyendo la «violencia estructural» todavía persisten varias dimensiones de la violencia. Según los estudios de Alba Zaluar (1994, p. 138) en sectores populares de Río, los mismos pobres urbanos diferencian las formas de violencia existentes en relación con el grado de violencia ejercido por los delincuentes. Las dimensiones son las siguientes: individual versus colectiva, esporádica vs. permanente, con o sin armas, organizada vs. no-organizada.

A continuación se presentarán diferentes manifestaciones de la delincuencia que varían según el grado de violencia ejercido en las acciones delictivas.

Violencia «cotidiana». A este tipo de violencia pertenecen las formas individuales y muchas veces espontáneas de violencia, como p. ej. la violencia intrafamiliar, el conflicto entre vecinos o la agresividad de los adictos a drogas antes y durante del consumo (pasta base, alcohol, marihuana, neoprén). En este caso se trata de un fenómeno que se da en todas las clases sociales en Brasil y Chile; este tipo de actos delictivos van dirigidos tanto a personas del mismo estrato del agresor como también a otros grupos, y se caracterizan por tener un grado variable de violencia.

«Criminalidad de la pobreza». Los delitos de la «criminalidad de la pobreza» son p. ej. robos en tiendas o asaltos callejeros. Se trata de delitos espontáneos y esporádicos con uso de la fuerza, siendo una reacción a la situación de pobreza para «ganarse la vida». A pesar de esta forma de «sustento», los delincuentes siguen viviendo inmersos en la pobreza. Las formas colectivas como los saqueos o las explosiones espontáneas de violencia con un gran potencial destructor (p. ej. de buses, trenes, tiendas, etc.) se pueden concebir como una reacción al aumento de los precios de productos de consumo básico.

Delincuencia «(semi)profesional». El adjetivo de «profesional» se refiere solo al criterio de perdurabilidad, o sea que individuos o pandillas criminales conciente y permanentemente viven de y en la delincuencia. Son actividades delictivas como atracos, secuestros, homicidios, etc. La diferencia con la «violencia cotidiana» radica en que predispone más a la violencia. El criterio de perdurabilidad trae como consecuencia un mejor equipamiento con armas de fuego habiendo menos escrúpulos para usarlas.

Delincuencia organizada (sobre todo de organizaciones dedicadas al tráfico de drogas en Río). La mayor cantidad de asesinatos están relacionados, por lo menos en Río, con la delincuencia organizada: en esta ciudad, de 5.261 homicidios en 1995, 70% fue muerto por arma de fuego, en la mayoría de los casos en un conflicto entre pandillas o con la policía. Los favelados involucrados en las pandillas de la droga son generalmente jóvenes de 15 a 30 años, que desean hacerse ricos y participar de las pautas de consumo de la sociedad. Los miembros de las *quadrilhas* de la droga controlan a las favelas y cuidan los lugares de venta de narcóticos. Los jóvenes miembros de *quadrilhas* defienden estos lugares de los ataques de otras *quadrilhas* o de las redadas de la policía y se sitúan por lo tanto en los niveles jerárquicos más bajos y peligrosos del negocio de la droga. Los mismos favelados reconocen a estos jóvenes como los más pobres en este negocio. Los jefes de las pandillas no residen en las favelas. Desde fines de los años 80 en Chile también se puede constatar un aumento del tráfico de drogas y del consumo; en este contexto se han establecido redes de traficantes en algunas poblaciones de Santiago (Bengoá, p. 151 y ss.). Sin embargo, resulta inimaginable que las mafias de la droga dominen barrios enteros como en Río, porque el Estado chileno tiene un mayor grado de penetración que el brasileño. Además, la policía chilena no se ha involucrado en grandes escándalos de corrupción y no se han conocido excesos de violencia en contra de grupos marginales. La policía en Chile se guía más bien según las normas legales vigentes (Waldmann, p. 50). La participación de la policía en los actos de terrorismo de Estado en Chile entre 1973 y 1989 no modificó este rasgo que la distingue de los demás países latinoamericanos.

Violencia de Estado. Esta se manifiesta en América Latina entre otras formas como «vigilantismo», o sea como «una forma del ejercicio de la violencia cuyas características son: a) la ilegalidad y b) el mantenimiento y la defensa del orden social y político» (Waldmann, p. 45). Aquí nos interesan los excesos de violencia por parte de la policía militar en Río, y que van dirigidos en contra de los grupos marginales de las favelas.

Pobres urbanos como víctimas potenciales de la violencia

La magnitud de la violencia en ambas ciudades. Según la información proporcionada por el Instituto de Estudos de Religião (ISER) en 1995, 79 de 10.000 cariocas (habitantes de Río) murieron de forma violenta. Esta tasa de homicidios es algo más baja que la de algunas ciudades colombianas pero significa-

tivamente más alta que la de San Pablo o Nueva York (ver *Véja*, 10/12/1997). Entre 1985 y 1995 la espiral de violencia se hizo cada vez más dramática. Aparte de los homicidios también aumentaron los secuestros y los asaltos o atracos. Desde 1995 el nivel de violencia se mantiene bastante alto. Las medidas tomadas por las autoridades para aumentar la presencia policial a fin de contener estos altísimos niveles de violencia, no han tenido éxito hasta ahora. Las brutales y desmesuradas acciones policiales en Río han hecho subir aún más el número de muertes de supuestos criminales, ultimados durante las mismas.

Santiago es estadísticamente una ciudad más segura que Río. Aunque después de la redemocratización la incidencia de la delincuencia no creció significativamente, sí lo hizo el grado de violencia en el momento de su ejercicio (Oviedo, p. 181). En la estadística de criminalidad para 1997 se puede constatar un crecimiento de crímenes violentos. El aumento de aquel año en comparación con el anterior fue sobre los hurtos con violencia de 12,7%, para lesiones corporales de 4,2% y para violaciones de 10,7% (*Qué Pasa* en internet: www.quepasa.cl/revista/1411/19.html). El incremento del tráfico de drogas en Santiago en algún grado también facilitó la creación de un ambiente de violencia. El descubrimiento de la pasta base, o de la «cocaína de los pobres», ha hecho crecer la disposición al ejercicio de la violencia entre traficantes y consumidores (Solidaridad 152, 178). A la policía chilena cada vez le cuesta más contener esta nueva forma de violencia, por lo que algunos políticos y la opinión pública están pidiendo procedimientos más duros y consecuentes para enfrentar las nuevas formas de crímenes violentos («tolerancia cero»).

Aunque el potencial de amenaza de la violencia y delincuencia en Santiago, según muestran los datos de la estadística, es mucho menor que en Río de Janeiro, esto no se refleja de igual manera en las opiniones de la gente. La amplia y sensacionalista cobertura de la delincuencia en los medios de comunicación ha fomentado en la población aún más el temor hacia ella. En una encuesta de opinión pública de 1993 llevada a cabo en Santiago, 59% de los encuestados manifestaba que la delincuencia había aumentado sin que hubiera habido un crecimiento real de ella (<http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query/r?frd/cstdy:@field> del 25 de agosto de 1999).

Percepción del problema de la delincuencia por los pobres urbanos. Los pobres urbanos entrevistados en ambas ciudades también se sienten amenazados por este escenario de violencia. El siguiente gráfico 1 visualiza esta percepción. Aquí se pueden constatar diferencias bien marcadas tanto entre lo nacional y lo local como también, sobre todo en Chile, entre los mismos barrios. A diferencia de Santiago, los favelados cariocas asignan al problema de la violencia la misma importancia en los ámbitos local y nacional. Incluso entre las favelas en Río las diferencias a este respecto son mínimas.

Aun habiendo niveles de violencia más altos en Río que en Santiago, los favelados reconocieron menos que los pobladores que la violencia es un problema

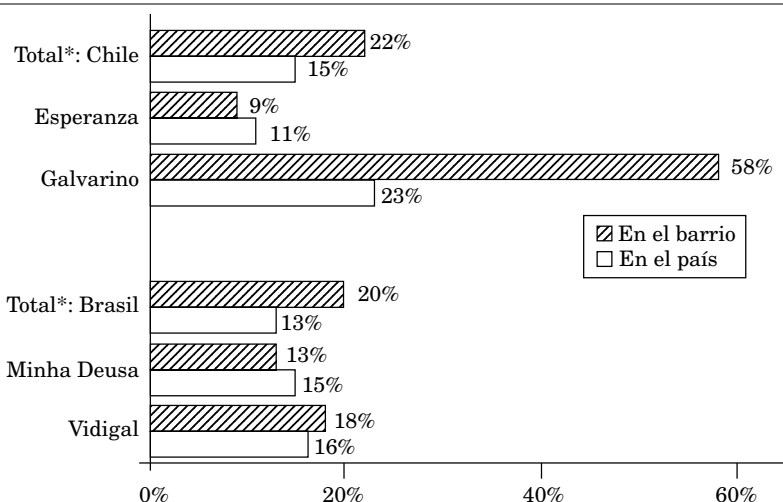
grave para ellos. Este resultado de nuestra encuesta en Río tiene relación con la «ley de convivencia silenciosa» existente en las favelas. Este «acuerdo» obliga a los favelados a callar y ocultar delitos ya que en caso de denunciarlos corren el riesgo de ser víctimas de los actos de violencia de las pandillas de la droga.

Para el caso de Chile el gráfico 1 muestra que la percepción de amenaza de la delincuencia en el ámbito nacional es inferior al local. El altísimo porcentaje en el caso de Galvarino corresponde aproximadamente al de toda la comuna de Peñalolén y demuestra que los pobladores se sienten muy amenazados por la delincuencia y la violencia. Los resultados para Esperanza son completamente diferentes a los de Galvarino; parece que el problema es casi inexistente allí. Esperanza es una excepción, ya que sus habitantes no le dan mucha importancia a este problema (v. gráfico 1).

Las formas de criminalidad que más temen los pobladores chilenos es la delincuencia violenta ejercida por grupos (semi)profesionales o por personas individuales y que consisten en robos con fractura, delitos sexuales y asaltos callejeros. En Galvarino mencionaron más mujeres (58%) que hombres (35%) que la delincuencia era el principal problema de la población. Asimismo el grupo de 30 hasta los 50 años de edad se sentía en mayor medida amenazado por la delincuencia que el grupo de los pobladores más jóvenes (25% vs. 17%).

Gráfico 1

Percepción de amenaza de la delincuencia en el barrio y en el país



* Entre varias alternativas, los encuestados mencionaron el problema de la delincuencia y violencia como el más importante.

Fuente: Proyecto Participación Política 1999, N° 568-737.

Los resultados de nuestra encuesta también demuestran que los favelados no temen a la violencia cotidiana, pero sí sienten temor frente a posibles asaltos, robos (con fractura) y a los delitos sexuales. Las víctimas de estas formas de delincuencia y violencia llevadas a cabo en las mismas favelas son mayoritariamente mujeres; esto se refleja en las diferencias entre ambos sexos respecto a las respuestas obtenidas sobre este tema: mientras que en el ámbito nacional tanto hombres como mujeres se sentían de igual manera amenazados por la violencia, en el contexto local las mujeres (17%) sentían más temor frente a la violencia que los hombres (13%). Asimismo los niveles más altos de desconfianza de las mujeres frente a su entorno indican que el sexo femenino es más frecuente víctima de actos de violencia: 42% de las mujeres respondieron que no confiaban en nadie mientras este porcentaje baja a 26% en el caso de los hombres.

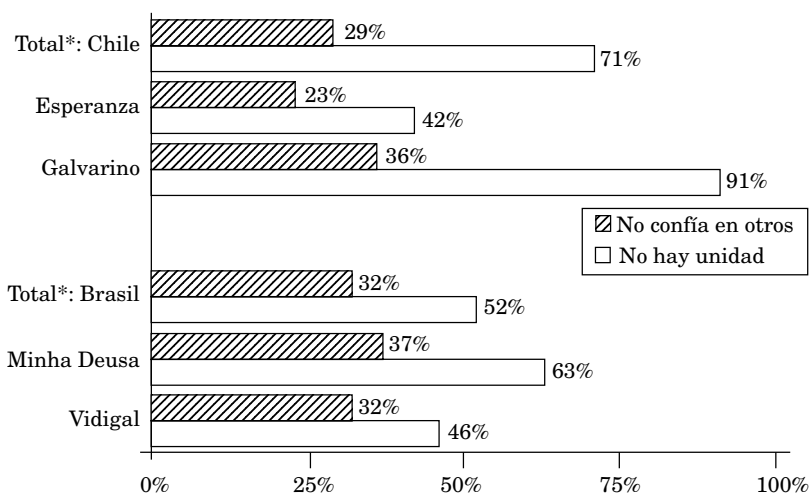
Además, los favelados sentían el tráfico de drogas y armas por parte de las *quadrilhas* como amenaza para su seguridad personal. Aunque la violencia proveniente de las «guerras» entre *quadrilhas* y los enfrentamientos con la policía no se dirigen directamente en contra de los favelados, ellos se ven frecuentemente involucrados en los enfrentamientos sin tener una protección efectiva ante este tipo de violencia (v. Karsch, p. 138).

Las estrategias de los pobres para manejar la situación. Podemos constatar que las estrategias para manejar esta situación de amenaza en los barrios marginales son muy variadas. Ellas dependen en gran medida de la forma de violencia que les afecta y de la efectividad y voluntad con las que las fuerzas del orden combaten los actos delictivos. Con motivo de la ausencia de actividades estatales en algunos barrios marginales, muchos pobladores y favelados no esperan automáticamente de las autoridades públicas una solución del problema de la violencia, sino que en alguna medida desarrollan ellos mismos estrategias individuales y colectivas de contención de la violencia. Las estrategias colectivas se ven favorecidas cuando existe una orientación positiva hacia la comunidad del barrio donde se vive. Mientras que la vivencia y experiencia de aislamiento social fomenta la adopción de estrategias individuales de protección, éstas suelen ser poco efectivas para frenar la violencia en el barrio donde se vive.

Al analizar los resultados de nuestra encuesta, salta a la vista que a pesar de las diferencias entre los distintos entornos sociales y políticos, los sentimientos de unidad son los más altos en aquellos barrios (Esperanza en Santiago y Vidigal en Río) que han tenido una larga e intensiva experiencia con organizaciones comunitarias dedicadas a la solución de problemas básicos. Esto ha facilitado el desarrollo de sentimientos de identidad comunitaria. En los otros barrios estudiados (Galvarino en Santiago y Minha Deusa en Río) la apreciación sobre la cohesión interna del barrio es mayoritariamente negativa.

Si comparamos los resultados que apuntan al total de la encuesta podemos apreciar que en Brasil los favelados perciben una mayor cohesión en sus ba-

Gráfico 2

Desconfianza en otros y percepción de desunión en el barrio

* Total para cada país se refiere a la encuesta completa realizada en Santiago y Temuco y respectivamente en Río y Aracaju.

Fuente: Proyecto Participación Política, N° 401-412.

rrios que los pobladores chilenos. Y eso a pesar del mayor clima de violencia y amedrentamiento dominante en las favelas. La apreciación positiva de la cohesión en las favelas obedece a que los encuestados ven a la violencia como un fenómeno proveniente de fuera de la favela (Karsch, p. 143). La percepción negativa de la unidad poblacional en Chile se puede explicar con el programa de erradicación ejecutado por el régimen autoritario durante 1979 y 1985 en Santiago, que promovió las tendencias a la fragmentación incluso dentro de las mismas poblaciones. En algunos casos la misma organización comunitaria controlada por el gobierno autoritario fomentó esta tendencia al erradicar a familias con supuestos «malos modales» (alcoholismo, delincuencia, etc.) a rincones marginales de una población. Esto sucedió en Galvarino. En general se puede constatar que en Chile la tendencia a la fragmentación de los pobladores es muy alta, debido a la competencia vigente entre diferentes grupos de pobres por los recursos del Estado. Esperanza representa en este sentido una excepción, ya que allí existe solo una organización que cumple varias funciones.

Estrategias individuales. Las estrategias de protección individuales frente a las formas de delincuencia (semi)profesional y a otras relacionadas estrictamente con la situación de pobreza, consisten en evitar toda situación riesgosa. Como consecuencia de la desconfianza que se tiene en los demás y de la falta de mecanismos de comunicación entre los pobres urbanos, las familias o personas desarrollan estrategias específicas individuales destinadas a reducir el

riesgo de convertirse en víctima de un acto de violencia. Pobladores y favelados se protegen de un eventual asalto mediante la construcción de cercos con alambre de púa. En Santiago además es común tener perros guardianes. Sin embargo, mediante esta estrategia no es posible contener en forma efectiva la violencia proveniente de la delincuencia (semi)profesional y de las pandillas bien organizadas.

Muchos pobladores en Chile exigen una mayor presencia policial en las poblaciones y sanciones más severas para la solución del problema de la violencia. Mientras que los pobladores pueden contar con la ayuda de la policía en caso de una denuncia, los favelados en Río desconfían totalmente de las fuerzas del orden. Una gran cantidad de los favelados se queja de que la policía militar los trata como si todos fueran delincuentes. La policía militar, al entrar a las favelas, se caracteriza por acciones de suma brutalidad, que en muchos casos violan el derecho a la integridad física y a la vivienda de los favelados. Por este motivo, la policía en Río no cumple funciones de auxilio hacia las víctimas, sino que representa para los favelados el «inimigo N° 1» (Bento, p. 50). Con respecto a la nueva dimensión de la violencia causada por las *quadrilhas*, que solo existe en Río, los favelados solo pueden reaccionar con una estrategia de adaptación pasiva, intentando una coexistencia pacífica con los grupos de delincuentes organizados.

Estrategias colectivas. Aunque las estrategias colectivas de control de la delincuencia no puedan combatir todas las formas de violencia, sí lo pueden hacer con respecto a los robos y a la delincuencia esporádica. Este tipo de autoayuda surge cuando el Estado no cumple satisfactoriamente con su función de resguardar el orden público.

La creación de grupos de vigilancia para asegurar y asistir a una invasión ilegal de terrenos tiene larga tradición tanto en Chile como en Brasil. Este sistema de vigilancia ofrece a sus habitantes en la fase inicial de una toma de terrenos protección tanto frente a intervenciones policiales como a actos de violencia externos. Las organizaciones barriales asumieron por su parte funciones judiciales dentro de las poblaciones. En Esperanza la organización local sanciona determinados actos delictivos que son perpetrados por los mismos pobladores o por foráneos dentro del territorio barrial. Con este procedimiento se retoma la tradición de los años 60 y principios de los 70 en los campamentos (poblaciones que surgieron de una toma de terrenos) organizados por el MIR¹ (Espinoza 1988, p. 311). Las sanciones previstas van desde la amonestación personal hasta la expulsión del barrio. En el caso de actos delictivos tales como robo, tráfico de drogas y delitos sexuales en Esperanza predomina la «tolerancia cero», lo que significa la expulsión inmediata del barrio del autor del crimen. En otros casos se forma un tribunal compuesto por los miembros de la directiva de la organización. Este procedimiento, que

1. El MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario) pertenecía a la vanguardia política de izquierda y abogaba por posiciones radicales de transformación del sistema.

es aceptado por la mayoría de los pobladores junto a la protección efectiva de actos de violencia provenientes desde fuera de Esperanza, ha transformado a esta población en uno de los lugares más seguros de Santiago. Pero la organización excluye los homicidios de sus atribuciones «judiciales», los que hace investigar por la policía.

Las actividades propias de la organización para contener la violencia en Esperanza son una especie de «vigilantismo»; pero un vigilatismo que se diferencia de los actos de brutalidad o de simple venganza (Waldmann, p. 47). Solamente si estas prácticas de autoayuda para combatir la violencia respetaran los derechos individuales como p. ej. de integridad física, etc., y además si existieran mecanismos para evitar decisiones arbitrarias, resultarían un método complementario que serviría para frenar la violencia y delincuencia locales.

Las favelas en Río dan en mayor medida que Esperanza la impresión de ser «aldeas cerradas y autosuficientes» (Resende, p. 412), ya que todo lo que allí sucede no es sancionado por las leyes vigentes. El vacío producido por la ausencia del monopolio del poder del Estado en las favelas es usurpado por las pandillas de la droga locales. Las pandillas en Río asumen también parte del papel de la policía, al sancionar p. ej. robos o delitos sexuales, los que aun siendo denunciados por los favelados a la policía no conducen a una acción penal. La presencia de las pandillas de la droga garantiza que por lo menos dentro de las favelas la violencia proveniente de otras formas de delincuencia sea limitada. Aunque la convivencia entre la mafia de la droga y los favelados fue impuesta por la fuerza, las relaciones entre ambos grupos no son siempre conflictivas. Muchos de los miembros de las *quadrilhas* han nacido y crecido en las favelas por lo que los favelados se sienten más cercanos a ellos que a la policía (Bento, p. 55). Con motivo de la sanción de un crimen los favelados recurren preferentemente a la *quadilha* para hacer justicia o simplemente para vengarse. Según las informaciones de los mismos favelados de Vidigal hace 10 a 15 años el código de conducta interno de la favela prohibía el ejercicio de la violencia contra personas de la misma procedencia socioespacial. La militarización de la vida cotidiana, junto al clima de amedrentamiento y ocultamiento de crímenes, ha causado la pérdida de la solidaridad antes existente y el surgimiento de sentimientos de desconfianza en las favelas.

El «combate de la delincuencia» por parte de la mafia de la droga también puede ser interpretado como una especie de «vigilantismo», que a diferencia del caso de Esperanza en Chile se basa en la brutalidad y arbitrariedad de actores no legitimados democráticamente. La contención de la violencia originada por la mafia de la droga tampoco se logra con estrategias colectivas en el ámbito local. En consecuencia, los favelados solo pueden adaptarse a esta nueva dimensión de la violencia y aceptar las reglas del juego impuestas por la fuerza. Incluso la así llamada «Operación Río» (1994-1995), que como operación militar del Estado buscaba eliminar el problema de las mafias en las favelas, fue un fracaso (cf. Fatheuer, p. 30).

Pobres urbanos como culpables de la violencia

Motivos y lógica de la violencia juvenil. Hasta ahora hemos tratado a los pobres urbanos como víctimas directas o indirectas de la violencia. En este acápite trataremos a los pobres también como autores de actos de violencia y delictivos. Aquí nos concentraremos en los hombres jóvenes, ya que este grupo se caracteriza por una alta tendencia a la violencia, por lo cual también son de forma sobreproporcional víctimas de violencia seguida de muerte (Veja, 10/12/1997).

Mientras que la mayoría de los favelados en Río rechaza la violencia, algunos grupos de jóvenes ven en el tráfico de drogas una posibilidad de movilidad social. La inclinación hacia la violencia por parte de los jóvenes no es una consecuencia directa de la pobreza, sino que es determinada también por otros factores:

- La descomposición de las relaciones familiares con consecuencias negativas para los niños.
- El desprecio al trabajo honrado y la valoración de la violencia por parte de los jóvenes como método para poder participar de las pautas de consumo de la sociedad.
- La descomposición de las relaciones personales entre «ricos» y «pobres», causada por la flexibilización del «clientelismo urbano».
- Las limitaciones político-sociales que impide a los jóvenes recibir una educación formal adecuada y las dificultades que tienen para encontrar un trabajo bien remunerado.
- El trato discriminatorio que reciben de las fuerzas del orden y el deficiente castigo al crimen por parte de las autoridades del Estado.
- La atracción hacia las mafias con predisposición al ejercicio de la violencia en las favelas satisface tanto necesidades sociales y emocionales como también de consumo. La membresía en un grupo mafioso les asegura a los jóvenes la pertenencia a una colectividad. Para contrarrestar la discriminación de la que son víctimas los jóvenes, ellos se inclinan a legitimar el uso de la violencia.

De esa forma intentan salir de la marginalidad para poder consumir como los demás miembros de la sociedad de su edad, pero que pertenecen a la clase social media o alta. Si los jóvenes miembros de las *quadrilhas* consiguen sobrevivir y no van a parar a la cárcel, pueden llegar a vivir con mucha holgura. Dentro del grupo de los jóvenes, son reconocidos como personas valientes y reciben algún grado de reconocimiento social. La delincuencia juvenil representa una forma violenta de adaptación a las condiciones económicas y sociales de la exclusión, y es un intento de integración para participar de las pautas de consumo sociales.

En las poblaciones de Santiago no se encuentran mafias tan bien organizadas como las de Río, pero sí podemos detectar el mismo problema de la marginalización y de la falta de perspectivas de los jóvenes. En Santiago, como en Río, los delincuentes son cada vez más jóvenes y el grado de violencia de los actos delictivos está en aumento. Algunos jóvenes pobladores constituyen pequeños grupos, entran a robar a casas, asaltan personas en la calle y consumen en parte drogas. Los jóvenes chilenos también utilizan la violencia como vehículo de movilidad social e integración. Mas, como en el caso de los jóvenes cariocas de las favelas, tampoco tienen mayor interés en cambios sociales profundos. En ambos países, las perspectivas de estos jóvenes no han cambiado después de la vuelta a la democracia pero sí se han incrementado sus deseos de consumo.

A diferencia de la situación en Río, en Chile tanto el nivel más alto de proscripción social y político de la violencia, como también las actividades más consecuentes por parte del Estado, han evitado que el problema de la violencia se agudice aún más. Por otro lado, en Río la ausencia del monopolio del poder estatal en las favelas ha creado un creciente ambiente de violencia provocado por las mafias y por los vanos intentos del Estado por recuperar territorios perdidos.

Conclusión

Los pobres urbanos en Santiago y Río de Janeiro tienen que confrontarse con diversas formas de la violencia y la delincuencia: por un lado, ellos se ven afectados y muchos son víctimas de la violencia, pero, por otro lado, también son autores de crímenes dentro y fuera de sus barrios. Los rasgos distintivos de la situación en Santiago y Río se encuentran en la magnitud y el tipo de violencia en los barrios pobres de ambas ciudades. Asimismo se hallan diferencias con respecto al tipo de reacción de los pobres urbanos frente a este problema (reacciones colectivas vs. individuales). A diferencia de Río, en Santiago no tiene presencia la dimensión de la delincuencia organizada que domina barrios enteros. El Estado chileno no toleró la creación de espacios libres de su control y mantiene el monopolio del poder legítimo (Weber). No obstante, en Chile la delincuencia ha aumentado por lo que el Gobierno pensó en importar el rígido modelo neoyorquino de «tolerancia cero»: este modelo implica la dura sanción de toda conducta desviada, suprimiendo algunos derechos legales individuales. Paralelamente a los esfuerzos por combatir las manifestaciones de la delincuencia, el Estado chileno es menos activo cuando se trata de superar los altos grados de polarización social en el país.

El ejemplo de Esperanza demuestra que el Estado chileno no logra combatir la delincuencia de forma aceptable. Sin embargo, a diferencia de Río, en Esperanza existen posibilidades dentro del margen de una estrategia colectiva comunitaria de contener las formas de violencia y delincuencia como el robo, los delitos sexuales y los asaltos. En Río, por el contrario, el Estado les «cedió» a las mafias de la droga el territorio de las favelas. Los diferentes inten-

tos que el Estado ha emprendido para recuperar las favelas y ponerlas bajo su control, han fracasado. Las fuerzas del orden en Río no protegen en nada a los habitantes de las favelas y los ven más bien como sus enemigos y como simpatizantes del crimen organizado por las mafias de la droga.

En aquellas favelas donde están asentadas las mafias de la droga los favelados son constantemente testigos de conflictos armados entre las diferentes pandillas y de la mafia con la policía. Aparte de elevar el grado de violencia en las favelas, las organizaciones criminales también toman a su cargo funciones «policiales» y protegen a los favelados de otros criminales. En estas circunstancias los favelados se rigen según la «ley de convivencia silenciosa» y se adaptan de forma individual a esta nueva dimensión de la violencia. Es evidente que dentro del grupo de los pobres urbanos también existen personas dispuestas a ejercer la violencia. En este contexto hemos señalado que sobre todo los pobladores y favelados jóvenes participan en grupos de delincuencia organizada. El descontento con las casi inexistentes posibilidades de movilidad social, sumado a la creciente tolerancia frente al ejercicio de la violencia, hace aparecer la «carrera de delincuente» como una buena alternativa para los jóvenes.

Bibliografía

- Bengoa, José: *La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile*, Santiago de Chile, 1996.
- Bento, Rubião: *Favelas e as organizações comunitárias*, Vozes, Petrópolis, 1993.
- Bultmann, Ingo: «Die Nachbarschaftsbewegung und der Wandel politischer Systeme. Mexiko und Chile im Vergleich» en Ingo Bultmann et al. (eds.): *Demokratie ohne soziale Bewegung? Gewerkschaften, Stadtteil- und Frauenbewegungen in Chile und Mexiko*, Unkel/Rhein, 1995, pp. 143-234.
- Da Cruz, Maria Elisa: *Associações de Moradores: a política e os políticos*, UFRJ, Río de Janeiro, 1992.
- De Lima, Maria Regina Soares y Zairo Borges Cheibub: «Cultura Política e Dimensões da Democracia: Opiniões e Valores da Elite Brasileira» en Eli Diniz (ed.): *O Desafio da Democracia na América Latina: Repensando as Relações Estado/Sociedade*, Río de Janeiro, 1996, pp. 217-252.
- Diniz, Eli: *Favelas: associativismo e participação social*, Iuperj, Río de Janeiro, 1981.
- Doimo, Ana Maria: *A vez e a voz do popular: movimentos sociais e participação política no Brasil pós-70*, Relume-Dumará, Río de Janeiro, 1995.
- Dubet, François: «Las conductas marginales de los jóvenes pobladores» en *Proposiciones* N° 14, 1987, pp. 94-100.
- Eisner, Manuel: *Das Ende der zivilisierten Stadt? Die Auswirkungen von Modernisierung und urbaner Krise auf Gewaltdelinquenz*, Francfort del Meno, 1997.
- Espinoza, Vicente: *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Santiago, 1988.
- Espinoza, Vicente: «Pobladores, participación social y ciudadanía: entre los pasajes y las anchas alamedas» en *Proposiciones* N° 22, 1993, pp. 21-53.
- Fattheuer, Thomas: «Jenseits des staatlichen Gewaltmonopols Drogenbanden, Todesschwadronen und Profiteure: die andere Privatisierung in Río de Janeiro» en Dietmar Dirmoser et al. (eds.): *Jenseits des Staates?*, Hamburgo, 1994, pp. 23-38.
- Galtung, Johann: «Der besondere Beitrag der Friedensforschung zum Studium der Gewalt» en Kurt Röttgers y Hans Saner (eds.): *Gewalt, Grundlagenprobleme in der Diskussion der Gewaltphänomene*, Basel, 1978, pp. 9-32.
- Gilbert, Alan: *In Search of a Home. Rental and Shared Housing in Latin America*, Londres, 1993.

- Hegmanns, Dirk: *Gewalt in Brasilien. Soziale und politische Hintergründe eines Phänomens*, Brasilienkunde-Verlag, Mettingen, 1992.
- IBGE: *Censo Demográfico 1991. Indicadores sócio-demográficos - grandes regiões e unidades de federação*, IBGE, Río de Janeiro, 1991.
- IBGE: *Indicadores sociais: uma análise da década de 1980*, IBGE, Río de Janeiro, 1995.
- Iplan-Rio: *Favelas cariocas, alguns dados estatísticos*, Iplan-Rio, Río de Janeiro, 1993.
- Iplan-Rio: *Favelas cariocas, índice de qualidade urbana*, Iplan-Rio, Río de Janeiro, 1996.
- Karsch, Thomas: *Zum Verhältnis von Armut, sozialen Konflikten und Sozialpolitik. Eine empirische Untersuchung in Favelas von Rio de Janeiro*, Johann Wolfgang-Goethe Universität, Frankfurt del Meno, 1993.
- Lewis, Oscar: «The Culture of Poverty» en *Scientific American* vol. 215/4, 1966.
- Lopes de Souza, Marcelo José: *Armut, sozialräumliche Segregation und sozialer Konflikt in der Metropolitanregion von Rio de Janeiro: ein Beitrag zur Analyse der «Stadtfrage» in Brasilien*, Geographisches Institut, Tubinga, 1993.
- Municipalidad de Peñalolén: *Antecedentes de la comuna de Peñalolén*, Santiago, 1993a.
- Municipalidad de Peñalolén: *Plan de Desarrollo Comunal*, Santiago, 1993b.
- Oviedo, Enrique: «Violencia delictual y ciudad. Evolución histórica de hurtos y robos en siete ciudades chilenas y análisis de su distribución intercomunal en el Gran Santiago» en *Proposiciones* N° 22, 1993, pp. 173-207.
- Perlman, Janice E.: *The Myth of Marginality. Urban Poverty and Politics in Rio de Janeiro*, University of California Press, Berkeley, 1976.
- Popitz, Heinrich: *Phänomene der Macht*, Tubinga, 1992.
- Resende, Juliana: *Operação Rio. Relatos de uma guerra brasileira*, Página Aberta, San Pablo, 1995.
- Rocha, Sônia: «Pobreza Metropolitana: Balanço de uma Década» en IPEA (eds.): *Perspectivas da economia brasileira - 1992*, Río de Janeiro, 1991, pp. 449-469.
- Rodríguez, Alfredo y Ana María Icaza: «Procesos de expulsión de habitantes de bajos ingresos del centro de Santiago, 1981-1990» en *Proposiciones* N° 22, 1993, pp. 138-172.
- Rodríguez, Alfredo y Lucy Winchester (eds.): *Ciudades y gobernabilidad en América Latina*, Santiago, 1997.
- Rosenbaum, H. Jon y Peter C. Sederberg: «Vigilantism: Analysis of Establishment Violence» en H.J. Rosenbaum y P.C. Sederberg (eds.): *Vigilante Politics*, Pennsylvania, 1976, pp. 3-29.
- Von Trotha, Trutz: «Zur Soziologie der Gewalt» en Trutz von Trotha (ed.): *Soziologie der Gewalt*, Opladen, 1992, pp. 9-56.
- Urmeneta, Roberto et al.: *Evolución en la calidad de vida de los pobladores 1991-1993. Tercera encuesta en poblaciones*, Santiago, 1994.
- Valladares, Licia do Prado: *Passa-se uma casa. Análise do Programa de Remoção de Favelas do Rio de Janeiro*, Zahar, Río de Janeiro, 1980.
- Valladares, Licia y Rosa Ribeiro: «The Return of the Favela: Recent Changes in Intrametro-politan Rio» en *Urbana* N° 14-15, Caracas, 1994, pp. 59-73.
- Waldmann, Peter: «Gewalt, Demokratisierung und Rolle der Polizei» en *Lateinamerika Jahrbuch*, Hamburgo, 1994, pp. 45-56.
- Zaluar, Alba: *A máquina e a revolta. As organizações populares e o significado da pobreza*, Brasiliense, San Pablo, 1985.